

HOMENAJE A CÁNTICO

En el Centenario de Ricardo Molina y Miguel del Moral
1917-2017

**HOMENAJE A «CÁNTICO»
EN EL CENTENARIO DE
RICARDO MOLINA Y MIGUEL DEL MORAL
(1917 – 2017)**



2017

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Julio Aumente
Vicente Aleixandre	José de Miguel
Dámaso Alonso	Mariano Roldán
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Juan Bernier	

Fotografía:

Francisco Sánchez Moreno

Comisario de la Exposición:

Juan Hidalgo del Moral

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza

Diseño:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Juan Muñoz González
Fotoestudio Jiménez
J.C. Nievas
A. Holgado
Tomás Egea
MBAC

Dep. Legal: CO 2143-2017

CARLOS CLEMENTSON

UNA CIUDAD Y UN PINTOR

(Transposición ucrónico-eutrapélica de una escena cordubense del siglo XX al áureo del Barroco)

*A Angelina y Pepe Jiménez,
que también frecuentaron
el estudio de Miguel in illo tempore.*

1
DONDE EL JOVEN MIGUEL DEL MORAL
ABANDONA EL TALLER DE SU MAESTRO EN
FLORENCIA Y SE ENCUENTRA CON DOMÉNICO
THEOTOKÓPULOS EN SU VIAJE A ESPAÑA



—¿Y cuál es vuestra gracia?

—Doménico me llaman. Moré un tiempo en Venecia y marchó ahora a Toledo, cabeza del Imperio, donde pienso ancho campo hallar a la pintura, ganándome la vida con retratos y encargos, reflejo de este mundo, de su gloria, y del otro.

—Pues yo, como os decía, señor, aprendí el arte de la pintura en el taller famoso del más diestro discípulo del Masaccio. Allí entré siendo aún niño, y allí aprendí las normas, el canon y el oficio de los viejos maestros, los que cual dioses mínimos, pero, no obstante, dioses, imitan a Dios mismo. Allí aprendí la aérea, rotunda disciplina del dibujo y el arte de mezclar los colores y las más varias técnicas de oficio tan hermoso, que aprecio domináis según esos diseños que acabáis de mostrarme. Y también marchó a España, en donde hoy reclaman a tan varios artistas y pagan bien sus obras.

—¿Y a dónde ir pretendéis...?

—Habláronme en Messina de una antigua ciudad de mármol y de sueños, de dorados silencios al caer de la tarde —templo de la belleza—, cuyas altas columnas las rematan los ángeles, hija de nuestra Roma. Una ciudad de esbeltos campaniles y torres de cal pura y escueta, bajo un azul perfecto donde el ciprés enhiesto se ayunta a la palmera femenina y abierta: *edén de la mirada*, en donde la belleza pasea viva en estatuas, *formas puras andando*, según cuenta el poeta. Si no sabéis, la patria de Séneca y Lucano, y Fernández de Córdoba. A tal ciudad de *excelso muro*, y de áureas piedras, ya un tanto fatigadas del peso de los siglos cual las nuestras de Italia, encamino los pasos. Desde hace siglos llámanla "luz de Occidente" Y allí espero vivir como hijo suyo en medio de sus hijos para dar testimonio con sólo mi pincel de la hermosura eterna.



LUIS M. GARCÍA CRUZ, *Abrazo* (1998), terracota policromada, 75 x 20 x 29 cm.



Miguel Clementson

II UNA CIUDAD Y UN PINTOR

Y fue pasando el tiempo igual que pasa el río bajo las viejas piedras, igual que pasa el agua bajo los viejos arcos con su corriente mansa, casi sin darnos cuenta, imperceptiblemente, como si una pisada dejara sobre el mármol, como cantó el poeta.

Y allí el pintor seguía anclado en su paisaje de cal y de silencio y callejuelas blancas, en su taller secreto, de grácil peristilo y de morisca fuente, en cuya arquitectura fundíase el recuerdo de su natal Toscana y el esplendor omeya de su adoptiva tierra, a la sombra sonora del alminar cristiano.

E iban allí surgiendo sus doradas figuras en Italia aprendidas, desplegando, en sus magnas composiciones múltiples, la solemne belleza del Quinientos, las doncellas de antaño, los patricios retratos y otras gentiles damas y escultóricas formas nimbadas por un halo de nostalgia y ensueño, como si desde el lienzo entrevieran el hondo misterio indescifrable de la vida y del tiempo.

Había ya muerto Góngora, egregio y amargado entre tantos tesoros como acuñó su genio, mas aún su sombra erraba, espléndida y oscura, por calles y plazuelas, y sus versos sonaban, enriqueciendo el mundo, cual oro sobre el mármol.

Allí asistir solían, a fines de diciembre, por Nochebuena, en torno del pesebre aromado de juncias y romero, los más finos ingenios de la ciudad: amigos, artistas y poetas, familiares solícitos y algún mozuelo imberbe, modelo acaso — exangüe — de algún San Sebastián de desnudeces cándidas y mórbidas heridas, venerado en recóndita capilla por beatas y compungidas dueñas, o algún devoto en trance.

Había ya fallecido, de un mal del corazón, el inmortal Ricardo Molina, cantor blando de arcadias cordobesas y amores subrepticios, quien levantado había él solo una ciudad, de entre su ruina anónima, fundándola de nuevo con su palabra leve, más firme que la piedra.



A aquel pascual cenáculo sumaba su presencia, vinícola y cordial, Juan Bernier con su media sonrisa maliciosa, ingenua y socarrona, de estirpe campesina, tan sabio y docto en tantas sabidurías humanas, con su amigo, más mozo, Carlos de Lorca, neófito poeta y estudioso de muy diversas letras en los recién fundados estudios del Palacio del pío y benemérito Cardenal Salazar, entonces regentados por el gran humanista Don Félix Delicado, maestro por diversas Facultades de Europa, a su vuelta de Indias.

Honraba aquel cenáculo de artistas y de ingenios de famas provinciales el doctor Castellanos, perito en las dolencias de la razón humana, varón versado en ciencias médicas, celebrado en todas las Españas y amigo de los Duques Albanos, los que unieran a los nombres de Lasso, de Lope y del Enzina, so su ducal amparo, el alto vuelo lírico del discreto Rafael Pablo García Baena, el más señero vástago del árbol de Don Luis, y, en su gloriosa estela, señor de la palabra.

Era la Nochebuena, y en la estrellada noche la calle de la Hoguera resonaba de voces radiantes bajo el frío, que infantiles gargantas lanzaban a los astros, concertado el florido mensaje del maestro a los sonos jocundos de zambomba y rabel:



Caído se le ha un clavel
hoy a la aurora del seno:
¡qué glorioso que está el heno,
porque ha caído sobre él!

O bien de otro poeta de estirpe gongorina y, como el Racionero, diestro en el villancico: José de Miguel Rivas, cumplido sonetista, en culto estilo y métrica armonía, al par que epigramático autor de las latinas *Insidias en las termas*, que, autógrafas, corrían de mano en mano ya por ventas y mesones.

También allí acudían maese Bernabé, el impresor angélico de los altos ingenios de su tiempo, dilecto de los poetas todos, y el licenciado Núñez de Aguilar, evangelista apócrifo en sus *Epístolas a los Ipagrenses*, quien sacó un día su cuerpo a la ochavada plaza de su lugar nativo —blandiendo el tirso báquico— para ponerlo en venta, tras descolgar, agreste, la pastoral avena con que entonar, ufano, sus *Himnos a los árboles*; por lo que estuvo a punto de ser quemado vivo en su natal

Poley, según cuenta en sus crónicas Julio Aumente, poeta vecino de la corte, mas también astro raro de esta andaluza pléyade.

Solía asistir también a aquel concilio ilustre Josef Poyato, fértil decidor, de chispeante ingenio, converso de Zuheros, quien, por extrañas artes de encantamiento o magia, ya cultivaba sombras que llámanlas chinescas, según la oriental fórmula de la linterna mágica —ilusionismo herético que hacía fruncir el ceño al Santo Oficio—; experto igualmente en el arte y mercader en cuadros.

Y a tal coro de claros ingenios cordubenses sumaba su beldad alguna que otra dama amiga de las artes con sus gentiles hijas, y músicos y artífices de varias disciplinas, y otros béticos cisnes, que no ánsares ruidosos, de la espumante fuente de Helicon, que al anfitrión cercaban, disertos, conversando.

Y a tan discreto cónclave, que íbase ya animando por los néctares áureos de Montulia, ministrados con mano generosa, y algún que otro licor más raro y peregrino, se acercó garzón bello, quizá ejemplar modelo de las varias efigies retratadas, que la cámara ornaban, matizándola cual las flores a un prado; y entre el rumor parlero de las voces, en la invernal penumbra de la sala, tras un sorbo de vino, al pintor comentó por decir algo:

—Aun a pesar que al Monarca no le placieran sus obras, Miguel, tu amigo el cretense parece que halló la gloria allá en Toledo, cabeza principal de las Españas; parece que halló esa gloria que buscara, aunque quién sabe si esa fama mucho dura, desaparecerá, o acaso volverá luego en el tiempo, dentro ya de luengos años...

Tras una sonrisa arisca y el inicio de un desplante, pronto vencido por una voz que iba quebrándosele en el esdrújulo noble, Miguel sonrió, más dulce, aunque no sin picardía:

—Mi gloria es ésta... Mi gloria tan sólo se llama Córdoba.



VERANO DEL 36

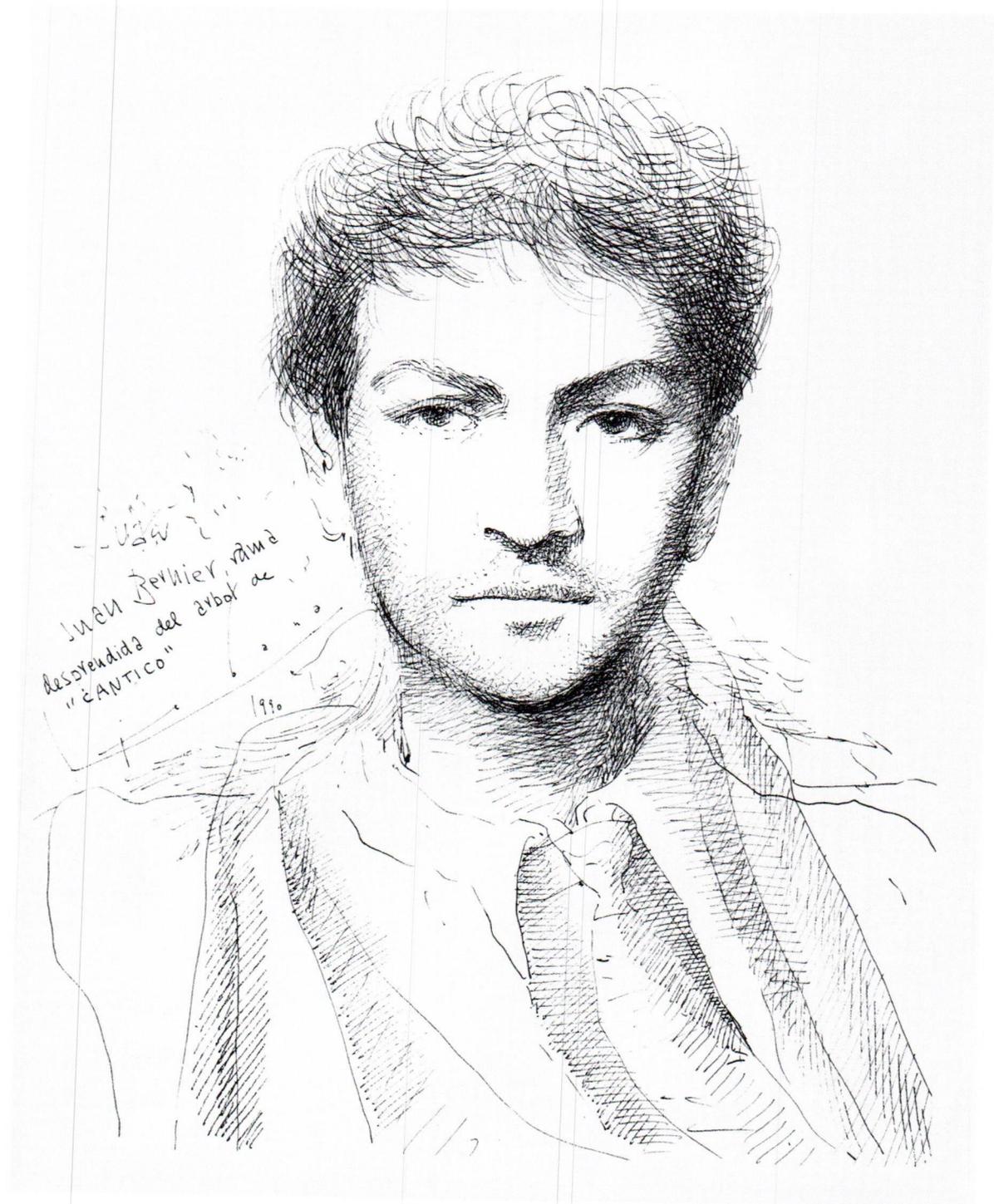
A José María Alvariño. In memoriam
(1911-1936)

dentelladas de balas por tristes paredones
Pedro Rodríguez Pacheco

Como un nuevo Prudencio cordobés Rafael Pablo cantando un himno está para Acisclo y Victoria en la Córdoba umbría de los años cuarenta que ha visto tanta sangre juvenil en sus muros; y en sus versos la gota martirial de una lágrima, como un rubí cayendo despeñado en los siglos, deja sobre la página, cual cordero en el mármol, la sangre espesa y cálida del dolor gratuito.

Otra vez, como siempre, como otras tantas veces, morían los inocentes contra los blancos muros ornados de cipreses. San Rafael tendía sus alas familiares como un sudario triste, y la Salud, su manto en un abrazo inmenso de piedad por sus hijos, los vivos y los muertos.

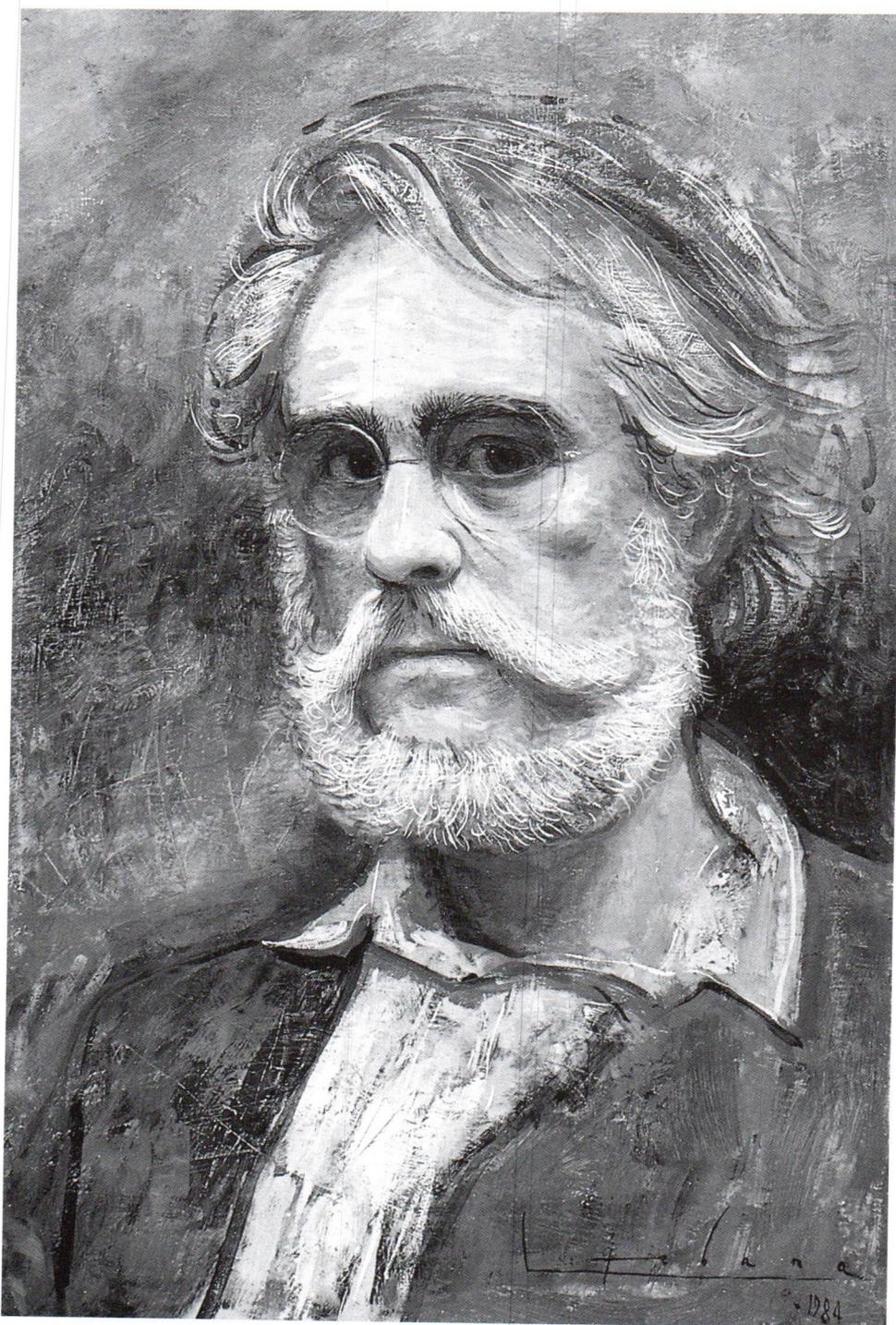
Detrás de los disparos, en la noche angustiada Juan Bernier escuchaba el silencio del mundo.



GINÉS LIÉBANA, *Juan Bernier, rama desprendida del árbol de Cántico* (1990), tinta / papel, 25 x 16 cm.

ODA POBRE Y JOVIAL A GINÉS LIÉBANA

Cuando se va de luto el año 36, con sólo quince años,
y se pasea con Pablo por la calle de Armas, mientras Juan, refugiado
en un piso vacío, lee a Chateaubriand, se asfixia y se pudre de miedo,
cuando suenan al alba las descargas lejanas en los muros heridos;
cuando la vida sólo se escribe en blanco y negro y el color de las lágrimas;
cuando siempre uno quiso seguir otro camino, y un día comenzó,
sin decir nada a nadie, a escribir otra cosa: las *Herejías de Sandua*,
y buscó la belleza dondequiera estuviese,
y cogió su maleta, y se fue a Madrid luego, y después ya muy lejos,
con los ojos abiertos a todos los colores de la vida y del sueño,
con la misma inocencia, luminosa y alegre, con que cantan los pájaros,
y lo mismo que el pájaro solitario del "Cántico"
voló con alas propias (y a veces en su vuelo
encontróse allá arriba con Teresa de Ahumada y el mismo Juan de Yepes,
y luego, aterrizando, fue contándolo en verso);
cuando se ha estado en Río viendo bailar las olas,
en donde las palmeras eran altos palacios de luz y rayos verdes,
y la noche, profunda, con un son de guitarras y tambor perfumado,
mientras Córdoba abría su indolencia hermosísima de los años cincuenta
entre lujo y miseria y cines de verano, allende del Atlántico;
cuando ya se ha vivido el color de Venecia, su humedad femenina,
y Florencia nevada con sus piedras ilustres, y París con su luz
inverniza y friolenta,
y Córdoba en clausura lo mismo que un convento
o un armario de luna, de caoba o de cedro,
entonces uno puede ya subirse a lo alto de una antigua columna
en mitad del desierto —San Ginés estilista—,
y allí aprender la lengua con que hablan los pájaros
para alegrar el mundo,
o sentarse a la puerta de su tonel, sereno y, quizá hasta dichoso,
como un Diógenes Liébana,
a ver volar los ángeles
con la sabiduría que da el haber sufrido, que da el haber vivido,
y sonreír sin embargo.



GINÉS LIÉBANA, *Autorretrato* (1984), óleo / lienzo.



EL RETORNO

(Julio Aumente se asoma por última vez a su ciudad)

Fue una tarde perdida por los años cincuenta
que ahora vuelve con toda la pureza de un sueño.

Esta luz de domingo es como un limón pálido
que pone oro en las cosas y una tersa ternura
a pesar de la invicta sequedad de los ojos.

Alguien sube a la misma azotea de entonces
sobre la ciudad blanca suspendida en el tiempo
mientras suenan de nuevo las campanas del Cister,
la Encarnación y luego Santa Isabel y el Corpus.

Hace cincuenta años era el mismo silencio;
la misma, la ciudad y sus bronceos litúrgicos
palpitando en el aire como enormes palomas.

Y unas nubes levísimas pasan sobre la Sierra,

que asiste indiferente al fluir de las horas,
igual que aquella tarde que subió a este paisaje
de azoteas, tejados, espadañas y cúpulas.

Con las alas plegadas,
los ángeles de Córdoba
comienzan a dormirse cada uno en su torre
y empiezan a lo lejos a brillar las estrellas.

Con las últimas luces —un suspiro o un beso—
alguien muere en el aire... Todo ha pasado en vano,
ha pasado en un soplo, como pasan las nubes
sin dejar huella alguna en el cielo de invierno.

Queda sólo el recuerdo, la ceniza en las manos.
La vida, en fin, la vida y sus frutos amargos:
la misma sed de entonces —ambrosía y veneno—.



ÁNGEL LÓPEZ-OBREIRO, *Vista de Córdoba* (1975), acuarela / papel, 73 x 107 cm.

ITINERARIO ANDALUZ DE MARIO LÓPEZ, POETA-PINTOR DE BUJALANCE

Por estas calles blancas un hombre solo avanza;
avanza lentamente, como quien lleva andadas
muchas leguas de tiempo, o cielo, con los ojos.

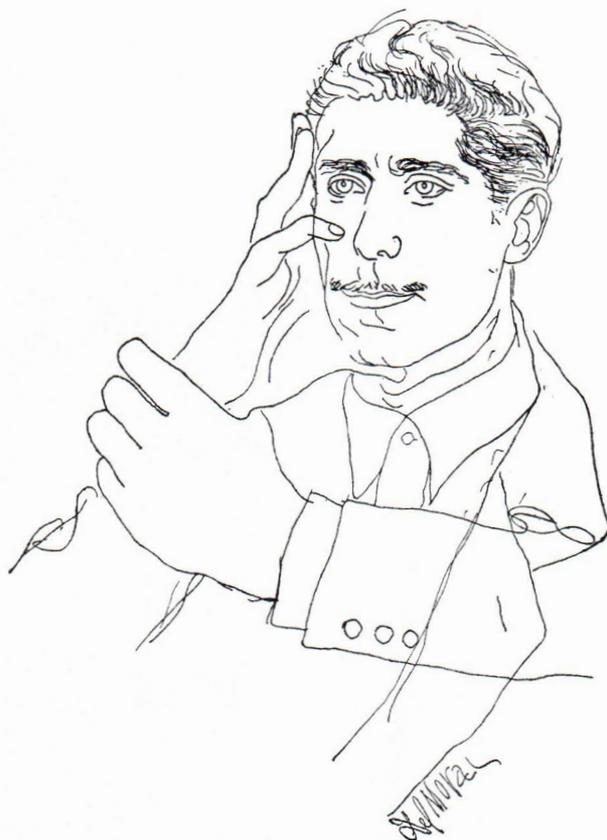
Por estas calles blancas camina erguido, un poco
vencido hacia el otoño, hacia el poniente hermoso;
avanza lentamente, como si cada paso,
cada minuto eterno de sus días iguales
le llevara a sí mismo, sin prisas, con la cierta
seguridad que otorgan los mismos horizontes
aguardándonos fieles al fondo de los ojos.

Por estas calles blancas un hombre solo avanza;
viene de días antiguos, de cielos de otro tiempo,
y marcha hacia el pasado, hacia esas viejas nubes
que dejaron su huella por cielos ya olvidados.

Sencillo es su universo, mas cuán hondo el latido
que acompasa su paso al transcurrir del campo.
Su presente es tan vasto como los días de agosto.
Sabe de soles, lluvias, de nieblas y de escarchas.
Un vago olor a orujo va dejando su rastro.

Hondos paisajes lleva grabados ya en el fondo
del corazón, tan grave, tan plena es su manera
de ver pasar las horas: el sol sobre unas bardas,
el viento en los olivos, las nubes por su alma.

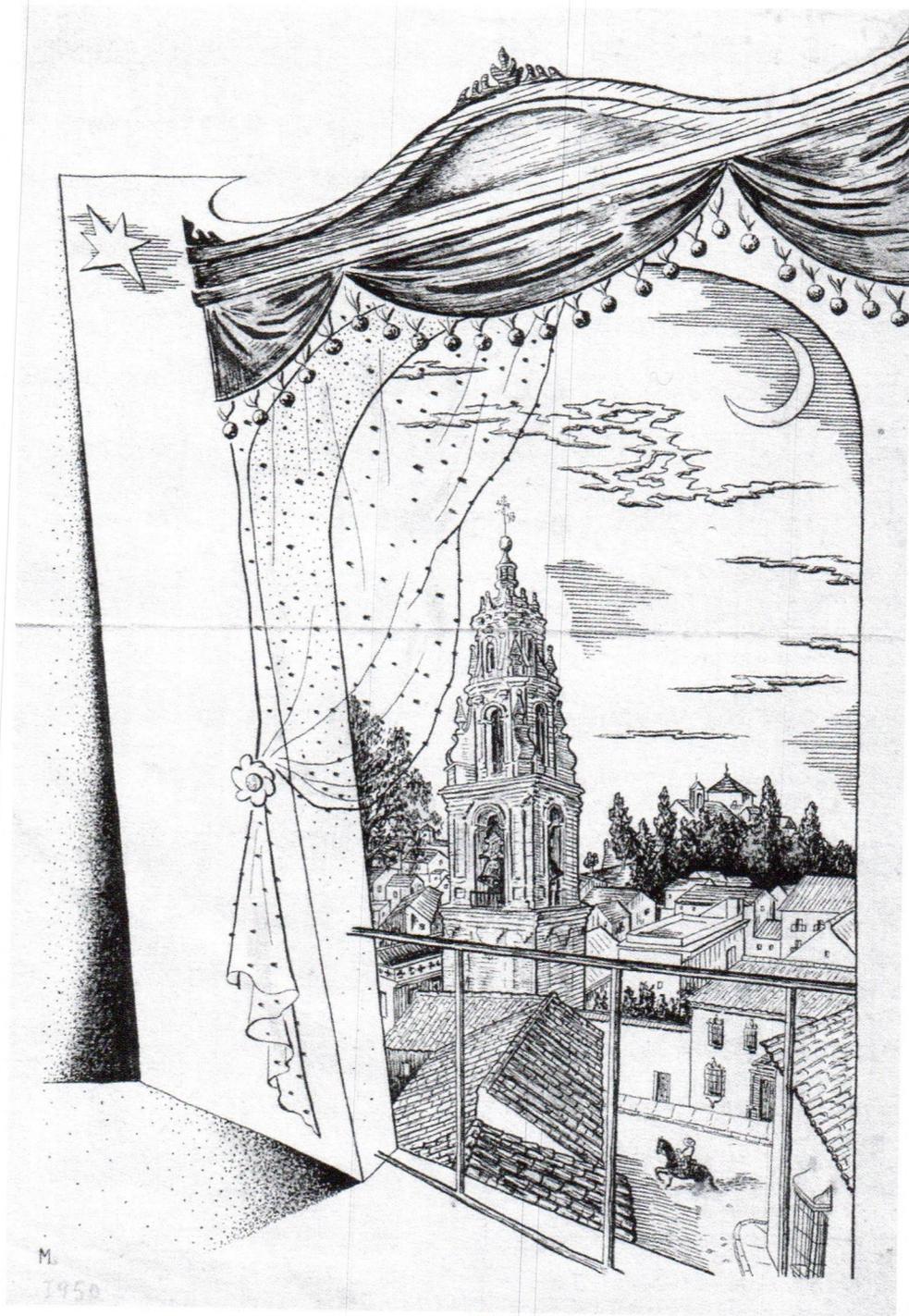
Por las rutas de octubre vuelven las mensajeras
de los dulces otoños. Qué suavidad en el aire.
El paso de esas nubes, mansamente, sin daño,
con un surco de tiempo ha labrado su rostro.



Nunca el paso apresura. Nada anhela. La prisa
no muerde sus talones. Vasto y quieto es su tiempo
como el del mar, o el lento transcurso de los astros.
Ayer, hoy y mañana confúndense en su instante,
viejos surcos, cosechas, los ciclos de la tierra:
el pulso de los días que pasaron, y aguardan.

Por estas calles blancas un hombre solo avanza,
avanza hacia la tarde hacia el poniente en llamas
que altas torres sostienen como un altar barroco,
retablo en que los ángeles del ocaso se inflaman.

El aire lo conoce, los vencejos, las nubes;
lo saluda el crepúsculo, y ya en las almazaras,
cara a los olivares, el sol prende en su pecho
una rosa lentísima con su último reflejo:
esa ardiente caricia *que en el Sur se merece
quien va solo y callando tanto peso de cielo.*



MARIO LÓPEZ, *Bujalance* (1950), tinta / papel, 31 x 22,3 cm.

EL EXTRANJERO

*A Ricardo Molina,
en brazos ya de la Naturaleza,
definitivamente.*

Tanto amó la belleza que se quedó desnudo,
exento, libre, enhiesto como un árbol de gloria
solar o de armonía, transparente, impoluto,
libre de impuestos, humos, proclamas, compromisos,
cotidianos escombros, humanos patrimonios.

Tanto amó la belleza que se quedó desnudo,
alto y en vilo, puro tal la llama en el aire
o un agua despojada de su cauce de cieno.

Tanto amó la belleza, la verdad, la inocencia
de las claras palabras, de la vida en las manos
que los hombres de cuero le volvieron la espalda,
lanzaron anatema, burocracia, espesura
de decenios de olvido, de incompreensión, silencio.

Quedó solo, lejano, perdido en su universo
vegetal de aire y pétalo, azul entre la brisa,
sabio y cordial, ausente, quizá insolidario
como algunos decían, él que diariamente
con todos conviviera en la mansa pobreza
de aquellos barrios últimos de cante y madrugada.

Quedó solo, olvidado, anónimo y convicto
de lesa democracia y sordo a la consigna.

Su nombre se fue haciendo cada vez más remoto,
perdido en sus amores bajo el sol de la Sierra,
en su oscura provincia, en medio de aquel reino
de humildes cantaores, academias, tabernas,
de areneros y vidas oscuras y calladas
que iba lamiendo el río con sus aguas rojizas.

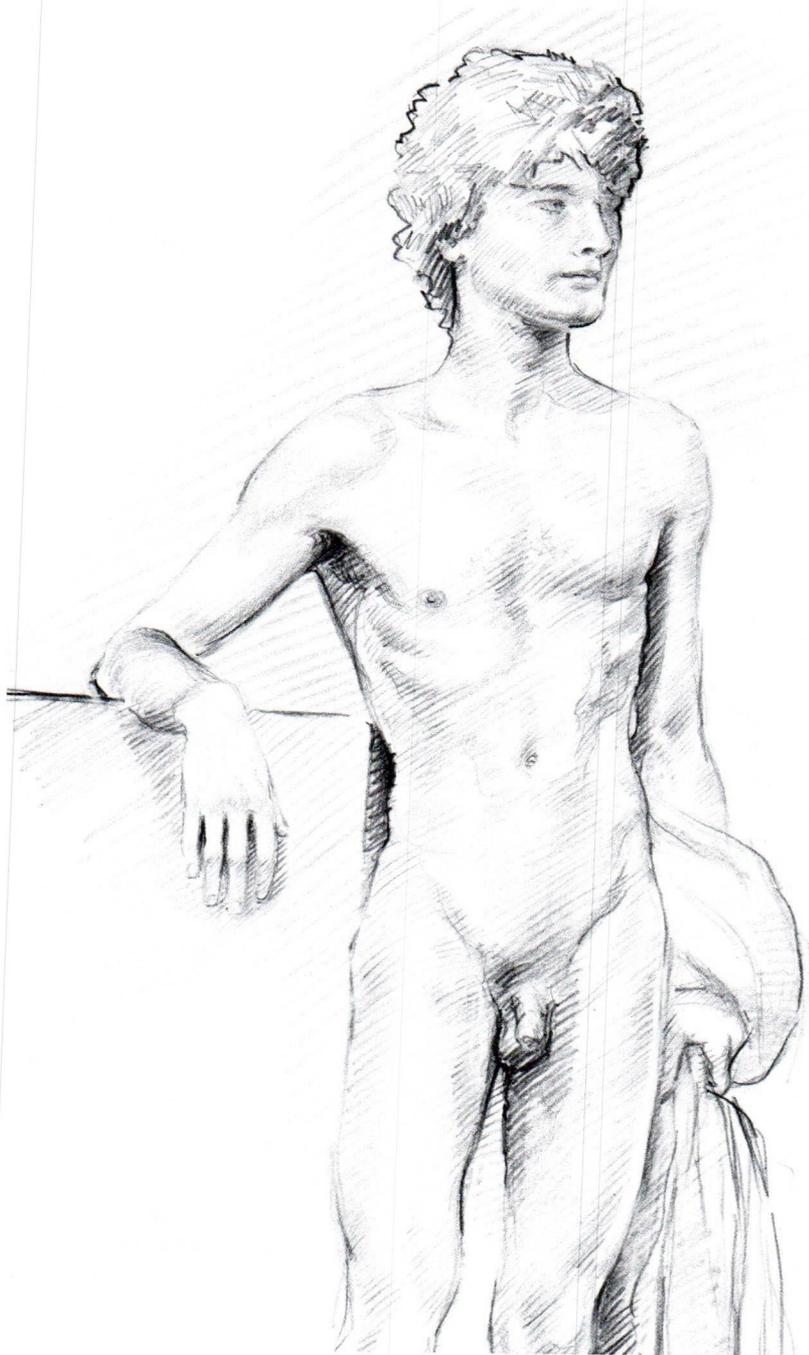
Quedó solo, olvidado, anónimo y convicto
de lesa democracia y sordo a la consigna.

Tanto amó la belleza que se quedó desnudo...

El bosque, la paloma, las palmas en la orilla,
la luz, el sol, el aire, el mar le sonreían.



*"En cuanto amé fidelidad gozosa
conquistó mi palabra para el futuro cierto..."*
Ricardo Molina



MIGUEL CLEMENTSON, *Desnudo* (1982), grafito / papel, 44 x 32 cm.

LA SOMBRA DE RICARDO MOLINA VAGA Y DISCURRE, RESURRECTA, POR LOS JARDINES DE VIANA

Espíritu impalpable, leve sombra, recuerdo
convocado por cuantos, tras mi ausencia, mis versos
leyeran y al leerlos mantuviéranme vivo,
asciendo desde el fondo de las quietas riberas
y sombrías moradas de los Campos Elíseos
a la luz y a la vida de mi tierra...

¡Qué clara
esta luz de la tarde y este sol y esta dicha
que me trae el aroma de los seres con vida!
el chorro de la fuente, el geranio, la rosa,
que siendo tan efímera sale siempre al encuentro
y siempre nos asalta al igual que la vida.

Oh que fácil vivir después de tanta sombra
otra nueva existencia con el profundo anhelo
de quien va rescatando otra vez lo perdido,
colmando el pecho, helado, de gracia y del efluvio
de esta tarde de mayo y este patio que es todo
como un inmenso aroma, y así aspirar la vida
como cuando en la Sierra era gracia la vida.

Vida que hoy se resume en un soplo de brisa,
en esta hiedra fresca o el ciprés pensativo,
la cándida azalea o el jazmín delirante,
o esas voces tan jóvenes que a mi lado transitan
siempre en flor, siempre frescas, lo mismo que la gloria
que antaño gocé apenas medio siglo con vida.

Y no hace falta más: ¡Qué fortuna la mía...!
Aquí en esta clausura se resuelven mis días
tan sólo ya en fragancia y color perfumado
que el rocío bautiza y acaricia la brisa
bajo el clamor radiante de la luz sobre el muro.

¡Qué inocencia de mundo, qué pureza del verde
sobre el blanco extasiado de la cal bajo el cielo,
y esa limpia armonía
que, morada, la brisa pulsa en la buganvilla
abrazándose al pozo,
o en la albura novicia del jazmín desmayado,



la hiedra charolada de su verde profundo
o el díscolo geranio: todo el color del mundo
como cuando en Trassierra el Río de los Ángeles
un cántico entonaba a la luz y a la vida.

Qué embriaguez del sentido que se torna ya espíritu
por la limpia y profunda impresión de estos puros
seres elementales que en nosotros se infunden
y nos prestan su vívida condición de criaturas.

Todo es blanco, y es verde y es azul, y es un trino
que surge de la tierra y en la tierra se esfuma.

Aquí el triste asfodelo no florece, perenne,
con su inerte mensaje de paz definitiva
tal se ofrece en las negras riberas de la Estigia,
sino el cambiante ciclo de la vida y la muerte,
que luego resucita inmortal desde siempre
—marzo, abril, junio, octubre...— en su eterno retorno
y nuevo nos parece cada vez que germina.

Afuera rueda el mundo, pero éste es mi mundo,
esta Arcadia doméstica enclaustrada en el ámbito
de mi Córdoba eterna, suspendida en el tiempo.
Desde aquí aún puede verse la espadaña que al cielo
alza San Agustín y escucharse el rumor
de estos barrios profundos,
aunque ya no repique su campana del Ángelus
Santa María de Gracia; y aquí están mis amigos,
Juan Bernier, y está Pablo, y mis años antiguos,
y la sombra del patio de mi casa, y el vino...
Sí, aún es Córdoba bella...

He vuelto al Paraíso.

Algo mío quedará entre los hombres
así flotante pluma habiendo sido
largo río pereoso, corriendo
con el son de mi vida que en algún momento
Quedará solo intacta la armonía
que consumió la ciega medida de los siglos.

Ni palabra ni son me dirán
y si embargo no me iré de
En cuanto a mi fidelidad
conquistó mi palabra para el futuro cierto

Sagrada soledad de montañas y rielles
dirá de mí a los hombres que vendrán.

Mi fe no será nunca por el tiempo barba
La luna del verano bañará un paisaje,
la camyina donde hombres y mujeres
Sean rios pastorales

Richard Rollins



Fundación | Cajasol

OCT. - NOV. 2017

ALMORAL